

Juan Emar

(antecesor de todos)

Chuchezuma/Pibesa

(Notas de Pablo Neruda y Hernán Lavín Cerda)

O imitamos a la naturaleza —no en su dinamismo germinal sino en sus productos acabados— o damos el salto hacia la Creación. He ahí el desafío: vicariedad, servilismo, acostumbamiento, o bien el juego de la audacia que, con vesania o sin ella, permite corregir el ritmo de la realidad: conquista, enriquecimiento, despliegue de Eros cuando creíamos haberlo perdido todo. En su Manifiesto de Martín Fierro, de 1925, Oliverio Gironde escribe: "Frente a la impermeabilidad hipotámica del honorable público. Frente a la funeraria solemnidad del historiador y del catedrático, que momifica cuanto toca. Frente al recetario que inspira las elucubraciones de nuestros más 'bellos' espíritus y la afición del anacronismo y al mimetismo que demuestran. Frente a la ridícula necesidad de fundamentar nuestro nacionalismo intelectual, hinchando valores falsos que al primer pinchazo se desinflan como chanchitos..." Frente a todo esto, hay un escritor que, a riesgo de permanecer en el ostracismo, decidió dar aquel salto hacia la Creación. Me refiero a Juan Emar (Álvaro Yáñez Bianchi, quien nació en Chile en 1893 y vino a morir en 1964). Emar es una ínsula (como lo son Macedonio Fernández, Pablo Palacio, Felisberto Hernández) dentro de la literatura de América Latina. No sólo es un animal de luz, un unicornio metafísico (patafísico), hilarante, paradisiaco, sino que funda, en cada introspección de lo real, un universo compuesto de ficciones deslumbrantes. Emar el numinoso, el absoluto. alguna vez dijo, cuando la crítica oficial —y no oficial— lo silenciaba por estimar que había perdido el juicio: "Todo ser, todo objeto no es aislado y único sino un infinito comienzo de probabilidades, y marchar por ellas, lejos de alejarse de la realidad, es, seguramente, penetrarla más."

El mismo año en que Oliverio Gironde lanzaba su Manifiesto de Martín Fierro, Juan Emar escribía y publicaba en el diario La Nación de Santiago de Chile (29 de abril de 1925) su artículo "Con Vicente Huidobro". Quiero extractar un pasaje breve de aquel texto, pues permite descubrir la visión precursora de Emar, tal vez el narrador (narrador-poeta) más sobresaliente de nuestro siglo en la literatura chilena, si es que aún podemos hablar de literatura con límites

geográficos: "... aquí en Chile, que yo sepa —salvo aisladas excepciones— nunca he visto ni el intento de comprender las artes como una creación y con relación a la naturaleza como una recreación, como un paralelo. Aquí nos limitamos a hablar o pintar nuestras preocupaciones cotidianas con una fraseología llamada poética o con pinceladas llamadas maestras. Esto es demasiada modestia por parte de los artistas, modestia por no decir otra cosa... Entremos a lo esencial del arte, a una cuestión básica, a una cuestión de principios: el artista debe repetir las visiones de la vida o el artista debe volver a crear la vida. O victrola o creador".

Cuatro obras editó Juan Emar en tres años: de 1935 a 1937. Fue anatematizado desde un principio y, al fin, optó por el silencio. Mejor dicho: optó por escribir en el aislamiento, sin ninguna concesión. Tanto los puros como los comprometidos desconfiaron de su arte; lo veían como un ser ausente de la realidad, enloquecido por imagerías demenciales. Demasiada imaginación y ni siquiera el último dedo del pie sobre esta tierra.

Qué obtusos. Cuán faltos de humor. Fotógrafos de cajón y mala muerte. Grisáceos, escuálidos, creyendo siempre

que la Cordillera es la Cordillera...

¿Cuáles son los libros de Emar? Miltín 1934, Edit. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1935; Un año, Edit. Zig-Zag, Santiago, 1935; Ayer, Edit. Zig-Zag, Santiago, 1935; Diez, Edit. Ercilla, Santiago, 1937. Aquí se pierde la huella de este antecesor de todos —como lo llama Neruda—, hasta que la Editorial Universitaria de Chile vuelve a editar Diez en 1971.

La Editorial Carlos Lohlé, de Buenos Aires, inició en 1977 la publicación de Umbral (aparecerán varios tomos), la obra más ambiciosa de Emar, compuesta de más de 4,500 cuartillas. Todo este universo aún se desconoce.

La Revista de la Universidad de México, presenta hoy una pequeña muestra de la calidad narrativa de este escritor chileno aún desconocido, y que, sin duda, será rescatado y considerado como una de las voces más singulares y espléndidas de la literatura de Hispanoamérica. Sus textos vienen precedidos por un prólogo de justicia que escribiera Pablo Neruda para la edición de la Edit. Universitaria de Chile, y donde se reconoce a Juan Emar como a uno de los grandes, como el directo antecesor de todos.

Hernán Lavín Cerda



JUAN EMAR

Conocí íntimamente a Juan Emar sin conocerlo nunca. Él tuvo grandes amigos que nunca fueron sus amigos. Mujeres que no pasaron más allá de su piel. Añes que lo toleraron como a un largo escalofrío.

Era un hombre callado, socarrón, singular. Fue un gran ocioso que trabajó toda su vida. Andaba de país en país, sin entusiasmo, sin orgullo ni rebelión, desterrándose por sus propios decretos. Ahora se trata de descubrir a nuestro aparente apátrida y otorgarle lo que no tuvo: la nacionalidad del amor.

Este país deshabitado desconoció a este silencioso, tomando su silencio como premonitorio, como anuncio mortal. El sudamericano de su época, el literario, era vociferante y solocéntrico. El hombre Juan Emar fue callado y excéntrico. Ahora nos toca descifrarlo cuando sus contemporáneos dejaron de hablar y de ser, de vociferar y de permanecer. Él ahora comienza a hablarnos y a conquistar lo que nunca le importó mucho: la validez y la permanencia de un héroe disimulado entre los frágiles. Su vanidad, si la tuvo, la escondió en las raíces de su ser. Y es oscura la tierra para los descubridores verdaderos: nadie mira hacia abajo; todos queremos ser cómplices de la multitud. Y Juan Emar fue un solitario descubridor que vivió entre las multitudes sin que nadie lo viera, tal vez sin que nadie lo amara. No tenía mercado propio: se vistió hasta el fin de su vida de transeúnte.

Ahora que los corrillos se gargarizan con Kafka aquí tenéis nuestro Kafka, dirigente de subterráneos, interesado en el laberinto, continuador de un túnel inagotable cavado en su propia existencia no por sencilla menos misteriosa.

Yo tuve la dicha de respetarlo en estas repúblicas del irrespeto, de la casualidad y de la traición literarias. Aquí se buscan los literarizantes para darse de pies o de colmillos. Falta dignidad a la colmena y las mejores abejas se van a buscar miel y a repartirla en otro sitio. Hacen bien, hacen mal.

A mi compañero Juan Emar se le dará lo que aquí no se mezuina: la postuma.

Y sépase que este antecesor de todos, en su tranquilo delirio, nos dejó como testimonio un mundo vivo y poblado por la irrealdad siempre inseparable de lo más duradero.

PABLO NERUDA

Isla Negra, agosto de 1970.

CHUCHEZUMA

Una tarde invernal del año 1932 recibí un telefonazo de Luis Vargas Rosas invitándome a su taller por la noche. Quería mostrarme su última tela, en aquel momento no bautizada aún, pero que ahora llamo yo "Chuchezuma" sin saber si tal nombre concuerda con la opinión de su autor. Por lo demás, hoy la tela es mía, lo que me da ciertos derechos para bautizar a mi antojo. Esto no es todo: creo que la tela era ya en parte mía antes de ser ejecutada, sólo que yo no sé pintar y Vargas Rosas sabe y sólo que, al ser ejecutada no había aún Chuchezuma actuado en mi vida aunque ya todas las líneas de su destino, como las mías también, se dirigían hacia un punto inevitable de encuentro.

Comí aquella noche en el pequeño restaurante "Au petit chez soi", boulevard Pasteur. Después del café me dirigí a la rue

Belloni donde habita mi amigo. Vi sobre los techos bajos del edificio el rectángulo iluminado de la claraboya de su taller. Muchas tardes y noches de hastío —del hastío parisiense diferente al de todas las demás ciudades del mundo— he colocado sobre la luz o la sombra de ese rectángulo parte de mi destino, al menos del destino de varias horas que con el hastío —parisiense— pesa como el destino de varios meses. Su luz me indica la presencia del amigo, es decir salvar la noche; su sombra, su ausencia, es decir, arrastrarse por las calles con la vaga esperanza que algo suceda. Al hallarme frente a su puerta pasó una mujer. Silueta fina de andar suelto, rostro oculto por el frío. Pasó rápida. La seguí.

La lógica de mis reacciones debió haberme hecho no pensar en aquel momento en esa posibilidad de que algo sucediera ya que la claraboya estaba iluminada. Sin embargo, junto con ver su luz anaranjada entre cenizas, algo presentí y atravesé la calle pausadamente para dar tiempo a que mi mente precisara tal presentimiento. Atravesé. Al hallarme frente a su puerta pasó una mujer. Silueta fina de andar suelto, rostro oculto por el frío. Pasó rápida. La seguí.

Se encaminaba hacia la rue Falguière. Cuando llegó a ésta, dobló a su izquierda. Me apresuré entonces para alcanzarla bajo un farol y verla. La vi. Sonrió. Era ella, ¡Chuchezuma!

La tomé del brazo y empezamos a andar con lentitud. Después de algunas frases triviales la rogué por décima o vigésima vez. Y esta vez, con cierto estupor de mi parte, aceptó. Nuestro diálogo fue así:

—¿Aceptas?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Si no es ahora mismo, no será nunca.

—¿Por qué?

—Una tontería o un presentimiento, como quieras llamarlo.

—Cuenta.

—Salí de casa pensando que algo me sucedería. Casi creo que pensaba que esta noche o nunca sería de alguien. Apareciste tú. No hay más que hablar.

Todo estupor se fue de mí. Lo dicho por Chuchezuma me pareció de una lógica fatal. Sólo recordé, en silencio, el presentimiento mío frente a la claraboya iluminada. Fue todo. Y aquí creo que conviene decir la biografía de Chuchezuma.

Dice ella que descende directamente de Moctezuma. ¿Verdad o no? Tal vez le gusta jugar con la igualdad de las dos últimas sílabas. Le decimos todos:

—Pelo castaño claro, tez blanca, ojos verdes. No mientas. Ella sonríe y responde:

—A lo largo de mi linaje han venido a salpicar sobre él muchos hombres rubios del norte, a salpicar sobre la larga, larga hilera de madres color aceituna y ojos de noches cálidas. Hasta que nació yo.

—Tú vienes de tus padres nada más.

—Mi rostro; mi cuerpo no, no. Viene de los olivos y su contacto pondrá en todo goce muchas nostalgias.

Sonríe siempre.

—¿Y qué haces?

—Amo México, amo Escandinavia y amo Francia.

—¿Es todo?

—Es bastante para una mujer y... a mi edad.

—Ciertamente —contestamos todos.

Tiene diez y siete años.

Esta es la biografía de Chuchezuma.

Seguimos del brazo. Momentos después le propuse un pequeño hotel del barrio. Me respondió:



—No. Vamos a ir a otro. Yo te llevaré.

Que Chuchezuma supiese de hoteluchos dudosos me alcanzó a inquietar sólo un instante. Era ello un dato que no entraba en su biografía. Además era invierno.

Seguimos del brazo por la rue Falguière siempre en dirección a las *fortifs*. Después de algunos minutos doblamos a la derecha por una callejuela ignorada por mí. Sea dicho de paso, yo poco conozco ese barrio. Esta callejuela era tranquila, casi me atrevería a decir dulce. Luego volvimos a doblar, esta vez a la izquierda, por un angostísimo *impasse*. Igual tranquilidad, igual dulzura. Parecía todo aquello pertenecer a una ciudad inhabitada. Sin embargo se sabía de un vago calor a través de los muros apretados. Luego un portón viejo y austero. Entramos por él. Ahora llevaba yo a Chuchezuma cogida por el talle. Con gran sorpresa vi que este portón no comunicaba con un patio sino con una serie de nuevas callejuelas extremadamente angostas y tortuosas. Apenas una que otra luz. Siempre la dulzura. Arriba, por entre los techos difícilmente perceptibles, vi una estrella. Es todo respecto al decorado. Mi sensación: ya formándose de rato atrás cierta voluptuosidad no sólo por la presencia de Chuchezuma sino por la conformación de las calles y el tono ligeramente azul de la noche. Luego, después de cruzado el portón, aumento súbito de esta voluptuosidad. Chuchezuma toma siempre en él una parte secundaria. Es decir que la parte sexual de la voluptuosidad es mínima. Su esencia es otra que podría definir “la irresponsabilidad”. La irresponsabilidad se presentaba del siguiente modo: sentir profundamente dentro de sí mismo —y al decir dentro me refiero e insisto en el pecho y la garganta— que puede uno hacer cualquier acto, especialmente los contrarios a cualquier moral y a cualquier ley, sin que se produzca sanción alguna ni proveniente de fuera, es decir, de los demás hombres, ni creciendo de la propia conciencia. Es la libertad total. La libertad, por ejemplo, de penetrar en cualquier casa, violar, asesinar y la cuenta se saldará fuera, lejos, sin parte de uno. Libertad mayor aún: la de lanzarse por un balcón, caer y no estropearse, la de abrirse con una daga el vientre, mirar lo que hay dentro y seguir por la vida igual; la de extender ambas manos por entre las llamas de los faroles y, sin experimentar dolor alguno, soñar dulcemente en que uno puede hacerlo y los demás hombres no. Apreté intensamente el talle de Chuchezuma.

Ejecutar cualquiera de tales actos habría sido innecesario. La sensación y certeza de su posibilidad era suficiente para penetrar el cuerpo entero y golpear pecho y garganta. Tal vez la prolongación de este estado habría llevado al fin la necesidad de un acto, por ejemplo: un asesinato o la caída desde el balcón, un balcón muy alto y, al caer, abrir los brazos, voltear hacia atrás la cabeza para que mucho aire golpeará pecho y garganta. Pero por el momento estoy en lo innecesario y en él quedé. Un hecho ajeno se produjo y todas mis sensaciones cambiaron por otra, por una: miedo.

Se produjo lo siguiente: súbitamente por entre los pilares de un pequeño portal aparecieron varios perrillos ladrando con estrépito. Los perrillos mismos, por cierto, no lograban intimidarme, pues eran del tamaño de un zapato, pero sus ladridos, me dije, podrían atraer a algún perro grande que nos acometería sin piedad. Yo me hallaba totalmente indefenso y aunque, ante la vista del animal me hubiese puesto a gritar: *Au chien, au chien!!*, creo que habría podido despedazarme sin más. Chuchezuma me dijo con cierta malicia:

—Por estos lados no hay perros grandes.

Yo no había pronunciado palabra alguna. Pero Chuchezuma adivina tal como el amigo de Edgar Poe, Auguste Dupin.

Creí conveniente defenderme:

Ningún perro, por grande que sea, me atemoriza.

Chuchezuma sonrió. Me dijo:

Los perros grandes de noche te evocan, muy adentro de ti mismo, tan adentro que no logras darte cuenta de ello, te evocan, lo sé, al lobo-garú. Y al lobo-garú, no me lo niegues, le temes como al mismo Satanás.

No aconsejo a nadie pasearse solo por los campos de noche si el campo produce en uno una sensación aguda en su nitidez de tranquilidad y dulzura, y si la noche muestra un cierto tono azul. Existe en tales casos, si no la certeza, por lo menos un alto porcentaje de probabilidades de hallarse frente a un lobo-garú. Y si no se es de una gran serenidad y si no se tienen vastos conocimientos sobre la materia, la lucha será irremediamente perdida por el hombre. El lobo-garú, después de destrozar a dentelladas la carótida, beberá la mitad de la sangre de su víctima y, junto con alejarse satisfecho, caerán sobre los despojos sus inseparables compañeros los vampiros negros a chupar la otra mitad de sangre. El lobo-garú es grande como el mayor de sus semejantes terrestres, ágil como una ardilla, su pelaje es rojizo, su mirada fría como el acero, penetrante como un estilete. Las balas no le hieren a no ser que previamente hayan sido sometidas a largas y penosas consagraciones. Un puñal le atraviesa sin causarle daño, salvo el puñal igualmente consagrado. Y otro tanto puedo decir de su hermano el vampiro negro, vampiro de no menos un metro de envergadura, de alas aceitosas y ojos de munición. Digo hermano pues aquí el parentesco zoológico del reino animal difiere: Lobo y vampiro, que en éste están sin parentesco, aquí lo tienen más aún que un lobo común y un zorro o un vampiro común y un murciélago. Y sigamos.

Que el perro grande me evoque al lobo-garú y que a éste le tema... ¡cosas de Chuchezuma! Avancé hacia el pequeño portal, entré bajo él, marché por las callejuelas mostrando mi valor. Largo rato. Percibía algunas luces de faroles, calles, que se iban lejos. Marché. Pasó a mi lado un paisaje con grandes árboles, casitas campesinas, un arroyo, como jamás hubiese pensado que existiese en París. Pasó el resplandor de las vidrieras de un café bullicioso. Gente, mucha gente. Otra soledad, otro bullicio, rincones insospechados. Marché, fijo, seguro. Calles, gentes, calles, luces. Algunos silencios. Llegué.

Yo habito en el 55 de la rue Marcadet. Es un departamento chico que comparto con mi hermano Bertino. Cuarto piso. Entré a nuestra sala, me eché sobre un diván, pensé.

Este diván era de felpa amarillenta. Junto a él había otro de felpa granate. Al frente uno de arpillera color cordel y tras éste otro de brocato azul. A mi derecha, uno de arpillera oscura; sobre él, uno de cuero de tapir y más arriba, uno de cretona con flores escarlatas sobre fondo gris. A mi izquierda se alineaban tres más: dos de felpa también, verde el uno, gris ratón el otro, y uno de cuero de potro teñido de azulino. Sobre este último, otro más de brocato morado. Del techo colgaban dos de cada lado de la lámpara: el primero de arpillera cereza y amarilla, el segundo de cretona japonesa multicolor. Era todo el amueblado de nuestra sala.

Mi hermano Bertino sueña con una vasta casa con vastos salones y, a lo largo de sus muros sombríos, vastos divanes. Su sueño dista aún mucho de hallar materia conforme para existir y perdurar en la vida. Su sueño no es aún más que materia pensante y su torbellino sólo ha logrado acumular y hacer materia palpable a algunos de los tantos divanes que nacerán. Estos divanes son las primeras formas de un feto. Esta sala, como una matriz, alberga las primeras palpitations del feto que será y huele a algo, a algo enmohecido a ratos y a ratos fertilizante como tierra recién regada. En medio de todo, respirando, yo.

Mi hermano Bertino, en espera del parto, pasa sus días en la cocina tratando de transmutar el arte culinario en ciencia



de alquimista. Luego, como reposo, sale por las calles y atisba los divanes de toda la ciudad. Cuando se cruza conmigo se mofa y me demuestra un cierto desdén hartito altanero. Fuera de esto, no creo que tenga ninguna otra ocupación.

Me eché sobre el diván de felpa amarillenta y pensé.

El lobo-garú no tiene lo que correctamente podríamos llamar una mentalidad y una voluntad propias, pues para poseer ambas, es menester haber nacido como nacemos nosotros los hombres y los demás animales, es decir, ser fecundados por un macho de nuestra especie en el vientre de una hembra ídem, ser concebidos y paridos por ella. En cambio, el lobo-garú nace de un pensamiento y de una volición de un hombre ya existente que ha caído en estado de trance. Este hombre tiene que estar saturado hasta en sus últimas células de todo el odio en contra de sus semejantes que pueda resistirse y, una vez así, debe saber que su odio no es el mismo sino algo aparte que se apoya, se guarece en él mismo como en un templo libremente ofrecido. Entonces, cuando cae en trance, es él como una iglesia cerrada en la noche y muda. El Dios o el Demonio que la habita para nutrirse de las plegarias y cerebros de los fieles —desierta y callada ya la iglesia— se asoma por sus torres, sale por los aires, medita. Así es el odio de aquel Hombre. Se asoma, sale, mas, contrariamente al Dios o al Demonio de la iglesia, no halla fuerzas para meditar por lo mismo que no es Dios ni Demonio sino tan sólo región humana. Entonces se siente desorientado, añora la mente de su amo y quiere volver a ella para inducirle a la acción y que en ésta lo guíe su inteligencia. Volvería si otros seres no interviniesen. Hay otros seres cuyos lazos con la humanidad han sido ya totalmente rotos y que sólo los une a ella el odio feroz por ella. Pero no conservando, como digo, lazo alguno, no logran por parte alguna materia posible donde defecar sus odios y hacerlos capaces de herir al hombre. Ahora ven algo como quien dijese un coágulo de odio, solo en el campo y de materia pensante humana. Es decir, ven la posibilidad de rehacer un lazo. Se lanzan. Hábiles y sabios como son, modelan, materializan, forman aquello como un lobo de pelaje rojizo y mirar de acero. Luego lo electrizan, lo impulsan. Y el lobo parte como un relámpago a matar. Luego, ya saciado de sangre humana, hábiles y sabios lo desintegran apoderándose ellos a su vez de esa sangre y sutilizándola al igual de su materia. Entonces el odio vuelve a su amo fortificado con el largo contacto sanguinolento. Y éste despierta con la voluptuosidad de una venganza cumplida en las tinieblas.

Ahora veamos a su hermano el vampiro negro. El proceso es igual en todas sus partes salvo en dos: 1) El creador no es, como en el caso anterior, un hombre en estado de trance, sino un hombre que ha muerto; 2) Los seres hábiles y sabios que materializan y desintegran no utilizan toda la sangre chupada por el vampiro negro, como lo hacen con el lobo-garú, sino que le dejan cierta cantidad que va hacia el amo o creador, o sea, hacia el hombre muerto.

Dire sobre estos dos puntos dos palabras: hay hombres que han vivido con tal cantidad de odio (y en esta palabra odio sintetizo todas las bajezas e ignominias capaces en nuestra humanidad actual), que, al morir, su sed se halla lejos de estar apaciguada por muchos crímenes que hayan cometido. Por tanto necesitan seguir ligados a esta vida para continuar su obra de exterminio y no se resuelven a emprender el peregrinaje que lógicamente los iría alejando de su objeto de odio, o sea de pasión, agregaré indomable. Un problema se presenta: la desintegración de sus cuerpos rompe fatalmente todo lazo o vehículo con los hombres, es decir todo medio de herir. Necesitan, pues, conservar sus cuerpos sin que se desintegren. El único modo para ello es seguir inoculándoles en el ataúd sangre humana, sangre de hombres palpitantes de vida. De ahí que esos seres hábiles y sabios dejen al vampiro negro parte de su botín. Es la conveniencia de todos.

Pero, en fin, yo no escribo para hacer un tratado sobre el vampiro negro ni sobre el lobo-garú. Escribo sobre ellos únicamente porque la malicia de Chuchezuma me los evocó y de ellos sólo me interesa un hecho: que en el mundo, que en este mundo, que en la noche, que en estas noches, haya seres —semejantes o diferentes a nosotros ¡no me importa!— que actúen plenamente sin inteligencia ni volición propias, que actúen impulsados por otros seres que se apoderan de su estado de desorientación, de sus pasiones salidas más allá de la piel. Es todo lo que me interesa. Y sigamos.

Pensé mucho rato en el diván de felpa amarillenta. Pensé hasta que en el umbral de nuestra sala apareció mi hermano Bertino sonriente y desdeñoso.

Me basta una mirada para saber sus intenciones: mi hermano Bertino quería que yo le dijese que es altamente absurdo acumular divanes para una futura y problemática casa con vastos salones. Al decirle así, encuentra medio de rebatirme y demostrarme que cuanto yo haga es más absurdo aún. Y me lo demuestra con tanta claridad y tanto desdén que, desde ya largo tiempo, no le digo ni la menor palabra sobre sus incalificables divanes.

Esta vez el hombre vio que no me arrancaría de mi silencio. Nada dijo del amueblado de nuestra sala. Sólo después de varios minutos habló de su cocina.

Me dijo:

—¿Te gustaría cenar esta noche?

—Depende de lo que ofrezcas —contesté.

Su respuesta fue:

—Ven conmigo a la cocina.

Mi hermano Bertino había cazado con sus propias manos —según contaba— una magnífica langosta digna de entusiasmar por sus promesas al mejor gastrónomo y por su volumen al mayor glotón. Ahora se preparaba a hacerla morir.

Luego me dijo con cierto tonillo entre acaramelado y bur-lón que las personas que lean esto no han de conocer, por cierto, ni siquiera han de poder imaginar, pero que para mí es ya, de tantos años atrás, como una calamidad periódica:

—Esta es, hermano (siempre hermano, nunca mi nombre), la gran ventaja de alimentarse con mariscos: que uno mismo los mata sin necesidad de cómplices. Así la absorción y nutrición llegan a su punto perfecto. ¡Oh, creer que es sólo alimento lo que se mastica y traga! ¡Error, hermano, error! En la agonía y muerte del ser comestible hay por lo menos, según mis cálculos, un tercio de la nutrición total. Esto, por lo que se refiere al lado, digamos, físico de la cuestión. Cuanto al lado moral, volvamos a los cómplices. ¿Encuentras tú que es justo hacer asesinar a otro hombre para aprovecharse uno después de los dos tercios de beneficio de su asesinato? ¡Injusto, hermano, injusto, hermanito! Y sobre todo, cobarde. En cambio con estos bichos, toda la responsabilidad queda con uno mismo y nada más, lo cual es digno de un hombre. Estos bichos son una gran cosa y los respeto como bien se lo merecen. Hay algunos tal vez más respetables, aunque... Tal vez lo sean por la lógica pura, pero en la realidad... En fin, ya hablaremos de todo ello. En todo caso un buey es intolerable e inalcanzable. ¿Te imaginas uno aquí en casa, en este departamento?

No pude impedirme una intervención:

—No sé, Bertino, si sería posible, por la ley de los policías y los conserjes, traer un buey aquí, pero, sí me lo imagino, ¡por cierto, hombre! Y no sólo un buey aquí dentro, sino tantos bueyes como divanes tienes, y cada buey recostado en su diván: Te diré: ¿recuerdas en el filme de Luis Buñuel, *La Edad de Oro*, aquella vaca en la cama de la muchacha? ¿Si? Pues bien, desde que lo vi, sólo tengo una obsesión, te confesaré, una esperanza: ver algún día sobre cada diván tuyo una vaca o un buey, da lo mismo. Pero sigue con tu asunto.

Aquí, sonrisa despreciativa y sobre todo bondadosa, extremadamente bondadosa.

—¡Allá Buñuel y sus gentes y tú! El caso es que yo, personalmente, no voy a beneficiar un buey ni siquiera un cerdo. Mis proporciones no sobrepasan el tamaño de una gran langosta como ésta. Bueno, te decía hace un momento que hay otros bichos acaso superiores a los mariscos. Me refería a las aves. Una gallina, por ejemplo. Tamaño adecuadísimo, nadie te impide traerla a casa y vamos apretándole el cogote. No se

pierde ni un miligramo del tercio agonía-muerte. Pero, por otro lado, tienen, al menos para mí, un cierto inconveniente. Te explicaré: Cada ser comestible —y he de advertirte que son comestibles muchos más seres de los que la gente cree; si no, pregúntaselo a un antropófago o a los habitantes de nuestras cumbres cordilleranas que en verano bajan a los valles a cazar escorpiones y vinchucas para degustarlas con fruición en las largas y silenciosas noches de nieve—, cada ser comestible, digo, procura dos clases de alimento: el único físico y, como ya sabes, igual a los dos tercios de la nutrición total; el otro, digamos, moral, o mejor aún, psíquico, igual a un tercio. Los dos primeros tercios se mascan y se tragan más o menos sazonados y sobre sus bondades alimenticias cualquier médico o higienista te podrá dar amplias informaciones. Por lo que a mí respecta, la carne de marisco me cae a las mil maravillas. El último tercio, hermano, es otra cosa. Escucha bien: cada ser durante su agonía y sobre todo en el momento de su muerte, suelta, deja escapar —no sé cómo explicártelo a ti que eres profano, horrorosamente profano en estas materias—, en fin, echa al ambiente un... un... ¿cómo decirte? Eres horripilantemente profano. Digamos un *doble* suyo. Este doble lleva en esencia dentro de sí las cualidades morales del ser a que pertenecía en vida, y estas cualidades son en analogía, en paralelismo, exacto reflejo de su aspecto físico. ¡Ah, pero aquí viene un punto difícil que no sé si tú logres alguna vez penetrar! Es el punto de saber distinguir por el aspecto físico cuáles son las cualidades morales de un ser, las cualidades esenciales, el prototipo a que pertenecen, qué representan en principio, te diría, casi en principio abstracto. No, esto no lo vas a comprender pero no importa. Por ejemplo, esta langosta, ¿qué te dice? Te preguntará: ¿qué cualidades morales tiene una langosta? ¡No, hombre! ¿Ves cómo desde un comienzo partes por mal camino? ¡No te preguntes nada, hombre de Dios! ¡Mírala, no más, mírala! Mírala intensamente, ojalá agrandándola con la imaginación hasta el tamaño de un elefante o reduciéndote tú frente a ella al de una pulga. Entonces ve sus ojos desorbitados en puntas de alfileres gigantescos, ve el movimiento crujiente de sus patas lentas, ve su vida de caverna a medio despertar bajo el hierro de su caparazón, ve los ecos vagos y sordos en ese brumoso comienzo de conciencia, ve su boca, ve su cola plegable con rendijas viscosas, ve ¡qué diablos! la mente que pensó, que pensó en tal modo que su pensamiento tomó las formas que has estado viendo. Ve ese pensamiento originario y siente luego que, si es verdad que anda él solo rodando por la atmósfera de nuestra Tierra, hace, al incorporarse, que una langosta más avance dificultosamente por entre las rocas sumergidas. Y verás que toda langosta es un monstruo, un monstruo espantoso de los infiernos, aunque sosegado, triste y acaso por esto mismo más tenaz. ¡Eso es, hermano, eso es! Mácala entonces, goza con su agonía y aspira profundamente, no sólo por las narices sino por todos tus poros. De todo aquello te nutrirás. Y entonces, sí, y sólo entonces, después, en tu mesa, con mucha gente, ojalá de frac, sabrás gustar su carne blanca, sabrás por qué corre mayonesa sobre ella, por qué las mujeres, si son jóvenes y hermosas, mueven, entornan de cierto modo peculiar los ojos apenas esa mayonesa les toca la lengua y apenas sus dientes hacen crujir el primer pedazo de carne. Pero ¡nada! Tú eres cómicamente, inefablemente profano, así es que no hay ni habrá remedio.

Y Bertino ríe de buena gana, me desprecia, me aplasta, me hunde con su gran langosta pateante en ambas manos.

¿Qué hacer?

Sabía yo que el muy canalla seguiría por horas hablando

de la suerte, y su voz y sus gestos me tenían como petrificado impidiéndome hallar fuerzas suficientes para abandonar la cocina. Hasta que vino la salvación. Mi mano derecha se posó sobre el bolsillo de mi chaqueta y palpó un objeto que súbitamente recordé y reconocí.

Hallé mis fuerzas perdidas. A Bertino le dije:

—Ahí te dejo con tus langostas y tus teorías alimenticias. Creo que por esta noche no voy a cenar. Te lo agradezco pero, por el momento, ¡hasta pronto!

Y volví a nuestra sala y nuevamente me eché sobre un diván, esta vez sobre el de arpillera color cordel. Me propuse, entonces, meditar, mejor dicho, saborear los dulces proyectos que aquel objeto me iba, sin duda, a hacer nacer.

Era un pequeño libro con el plano de París, por distritos, como venden en todos los quioscos y estaciones del metro. Hacía algunos momentos, cuando íbamos entrando a las callejuelas más allá de la rue Falguière, Chuchezuma me lo había entregado diciéndome a media voz:

—Guárdamelo, ¿quieres? Mi saco está tan lleno. Pero, por favor, no te olvides devolvérmelo cuando nos separemos.

Promesa por parte mía, y... olvido. ¡Chuchezuma!

¡Allá Bertino con las hondas voluptuosas de sus langostas!

Una langosta... En cambio yo, ¡Chuchezuma! Verdad que la langosta agoniza y muere. Y está, por lo tanto, la cuestión del doble, como él dice. Agoniza y muere... ¡Falta de imaginación del pobre Bertino! Se puede agonizar y morir y soltar por todo el ambiente para respirar por los poros el doble, el pensamiento originario y primero, se puede agonizar y morir sin ningún irremediable, renaciendo para recomenzar. ¡Chuchezuma!

Quise saborear mis proyectos pasando las yemas de los dedos por sobre las calles del planito de París de Chuchezuma.

Pero a pesar de mis intentos, mi mente, como un autómata, repitió las líneas de Eliphas Lévi leídas por mí pocos meses antes en su *Historia de la magia*:

"Los fisonomistas han notado que la mayoría de los hombres recuerda por algunos rasgos fisonómicos la semejanza de algún animal. Esta semejanza puede ser sólo imaginaria y producirse por la impresión que hacen sobre nosotros las diversas fisonomías, revelándonos los rasgos sobresalientes del carácter de la personas. Así, encontraremos que un hombre hosco se asemeja a un oso, un hipócrita a un gato y así de los demás. Esta clase de juicios se exagera en la imaginación y se completa en los sueños, en los que, a menudo, las personas que durante la vigilia nos han impresionado penosamente, se cambian en animales dándonos todas las angustias de la pesadilla. Pues bien, los animales están como nosotros y más aún que nosotros bajo el imperio de la imaginación, pues carecen del juicio para rectificar sus desvíos. Se conducen, pues, a nuestro respecto siguiendo sus simpatías o antipatías sobreexcitadas por nuestro magnetismo. No tienen, por lo demás, ninguna conciencia de lo que constituye la forma humana y no ven en nosotros sino otros animales que los dominan. Así el perro toma a su amo por un perro más perfecto que él. Es siguiendo este instinto donde se halla el secreto del imperio sobre los animales. Hemos visto a un célebre domador fascinar sus leones mostrándoles un rostro terrible y disfrazándose de león furioso. Aquí se aplica a la letra el proverbio popular: 'Hay que aullar con los lobos y balar con los corderos.' Por lo demás cada forma animal representa un instinto particular, una aptitud o un vicio. Si dejamos predominar en nosotros el carácter de la bestia, tomaremos más y más su forma exterior, a punto de imprimir su imagen perfecta en la luz astral y de vernos, en estado de sueño o de éxtasis, tal como seríamos vistos por sonámbulos o extáticos, y tales como sin duda aparecemos ante los animales. Que la razón se apague entonces, que el sueño perseverante se trueque en locura y henos cambiados en bestias como lo fue Nabucodonosor. Así se explican las historias de los lobos-garús, algunas de las cuales han sido jurídicamente constatadas. Los hechos eran constantes, probantes, mas lo que se ignoraba era que los testigos no estaban menos alucinados que los mismos lobos-garús."

Por cierto, así se explican estas historias. Por todo el ambiente se había esparcido un perfume acre y cautivante. Bertino había vertido en el agua hirviendo que serviría para matar a la langosta, varias gotas de extracto de acónito. De ahí tal perfume.

"ACÓNITO. (*Aconitum napellus*.) Los profanos no deben hacer uso de esta planta en materia medicinal, pues ofrece graves peligros. *Botánica oculta*: Es fría y seca. Se emplea (mezclada con ruda, azafrán y áloes), en fumigaciones para alejar a los malos espíritus. Es una de las doce plantas de los Rosacruces. Los griegos decían que esta planta había nacido de la espuma de Cerbero, cuando Hércules lo sacó de los infiernos. Se le atribuye la virtud de hacer renacer el pelo. Planeta: *Saturno*. Signo zodiacal: *Capricornio*."

(Rodolfo Putz — *Las plantas mágicas*.)

Ahora se oía el furioso, el desesperado patalear de la pobre víctima bullendo en el agua, en esa agua más allá de los 100 grados, por las virtudes del acónito. Se oía la respiración rítmica y honda de Bertino.

Sali.

Tenía la certeza absoluta que dentro de pocos minutos encontraría a Chuchezuma. Sali. Marché.

El rectángulo anaranjado de la puerta de un bar. Allí, ligeramente inclinada hacia la calle, Chuchezuma. Viste ahora de rojo encendido.

Llegué hasta la puerta y eché un vistazo hacia el interior. Era una taberna —un bar, si se quiere, pintado todo de verde. Junto al mesón, apoyado en él con su codo derecho, un hombre bebía una copa de coñac.

Ese hombre bien podía ser el amante de Chuchezuma, en todo caso el causante de su cambio de ropas. Allí por Belloni-Falguière, olvidé decirlo, ella vestía de gris oscuro. Tomé, pues, mis precauciones para no ser visto. Me apegué bien al muro como queriendo incrustarme en él. De este modo sólo veía del bar una larga y angosta faja de alto a bajo por la puerta en chaflán. El hombre no se veía. Pero una luz tras él proyectaba su sombra sobre la pared que yo, en parte, apercibía por esa faja. Así es que, desde mi puesto, veía yo en verde sombrío la punta de un sombrero, la punta de su nariz y su corbata, todo ello de proporciones gigantes y arriba, muy arriba, casi junto al techo.

Me acordé entonces que entre Chuchezuma y yo había sido cuestión de una próxima cita. Según mi parecer... veamos: creo, sí, que para el miércoles a las 5 de la tarde. Le alargué el plano que tomé rápidamente con disimulo. En voz muy baja entonces, para que el tipo del interior no se enterase:

—¿El miércoles a las 5, dijo usted?

Ella, en voz alta, resonante:

—Sí, el miércoles a las 5, dijeron.

Y salió del marco de la puerta y se alejó por la calle, por todas las calles de París... fue la sensación que me dejó al alejarse así.

Otra vez solo, de este lado de la puerta. Entre mis deseos y la desaparición de ella, quedan los ojos de ese hombre que, si avanzo, me apercibirán al pisar la luz anaranjada que cae sobre la acera. Sabrá que soy su rival, saldrá, se echará sobre mí, me golpeará, me descuartizará, me matará. Quedo, pues, allí, incrustado contra el muro, quedo allí, medito, amo y tiemblo. Respiro rítmicamente las calles de París que se la tragan, degustándola, llenas de fruición. Medito. ¡Chuchezuma!

Ella tiene una habilidad de diablillo. Ella engaña y juega con cualquier tipo de cualquier bar. Ella todo lo puede con sólo cambiar de



persona una forma del verbo. Yo le había preguntado: "¿El miércoles a las 5, dijo usted?" Ella había respondido: "El miércoles a las 5, DIJERON." Ella todo lo puede.

Pues partamos de la base que el sujeto aquel tuviese el oído extremadamente fino, o bien —y es lo más probable— que yo no tuviese un buen dominio sobre mi voz y que, creyendo haber hablado en voz muy baja, hubiese hablado lo suficientemente alto para hacerme oír de él o de cualquier otro en su sitio: se adivinan las consecuencias: saber, salir, golpear, descuartizar, matar. Y Chuchezuma vela por mi dicha. Al decir yo: "dijo usted", es uno, uno solo —puesto que no hay más voz que la mía—, el que pregunta, y "dijo usted" significa que ha de contestar sólo uno también, por lo tanto que se trata de una cita de dos, el que habla: yo, quien responde: ella. Y ella tiene diez y siete años, pelo castaño claro, tez blanca, ojos verdes, viste de rojo encendido... Se adivinan las consecuencias. En cambio "dijeron..." DIJERON, quiere decir muchos, mucha gente que ha de juntarse el miércoles a las cinco de la tarde. Un paseo, un *party*: no hay peligro para su pelo castaño claro. El tipo debe seguir bebiendo en paz su coñac. Verifiquemos: siguió bebiendo en paz su coñac, ella pudo alejarse por todas las calles de París, yo —sin inquietudes—, meditar incrustado en el muro. Chuchezuma lo puede todo con sólo cambiar de persona una forma de un verbo.

Paz. Meditemos.

Ya no hay peligro alguno. El tipo sólo piensa en su bebida y no reconoce en mí su rival. Pero si no hubiese sido por la astucia de ella, habría habido sangre. ¡Sangre! Todo el mundo, siempre, quiere sangre. En vano disimulamos y nos engañamos a nosotros mismos: vamos a nutrirnos de sangre. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestros hermanos sin hipocresía. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestra aspiración suprema inconfesada. El primer verbo de nuestra conciencia es chupar. Quisiera ver jugar a Chuchezuma con este verbo como hace un momento jugó con "decir". El único color vital, el rojo. Así como ella viste ahora. Así como el pasto o los caminos o los arroyos se tiñen cuando se logra dar muerte a un lobo-garú o a un vampiro negro, haciéndoles verter, para que tiña, la sangre chupada por ellos. Entonces... ¡de rodillas! ¡frente a la tierra! Y chupar la sangre ya chupada.

Pero, ¿quién puede asegurar su triunfo en semejante combate? Se necesitan —ya lo he dicho— armas largamente, penosamente consagradas. Y además hay que ser amo de una vasta ciencia.

Es preferible la astucia, la astucia solapada. Quiero decir lo siguiente: en vez de arremeter en contra de tales entes, buscar, solapadamente, el origen. Ya sabéis que tras de cada uno hay o un hombre con éxtasis o un ataúd. Buscadlos.

Luego, golpead, golpead sin piedad. Vuestros golpes, por eco simpático, pegarán en lobo o vampiro, y golpes así no pueden soportar. Reintegrarán su condición originaria de voluntad maldita sin materia. Y la sangre chupada se desparramará sonando y formando un gran charco. El resto lo sabéis: ¡de rodillas! ¡frente a tierra! ¡chupar!

Chuchezuma ya debería estar lejos, un poco por todas las calles de París. El bar había cerrado, el tipo desaparecido y ninguna franja anaranjada teñía la acera. Ahora se podía avanzar. Avanzar como ella, simultáneamente un poco por todas las calles de París. Vagamente. Chuchezuma aparecerá.

Avancé.

Toda vaguedad se fue deshaciendo. Una certeza se implantaba. No, todas las calles de París, no: una sola, dura. En ella, una casa por sobre todas las demás, una sola, vacía.

Ante esta idea —esta certeza— algo me golpeó despiadadamente en pecho y garganta: un sueño de la infancia, siempre mantenido, iba a realizarse por fin: una casa, grande, siete pisos, de noche, vacía. Una casa así: ¡entrar!

Avanzaba.

Aquí está: una calle sola, dura, duerme. Allí está: esa es la casa.

Todas sus ventanas están con las persianas abiertas de par en par. Ninguna ventana tiene cortinas. Todas las ventanas están con sus cristales cerrados. Es decir, en todas las habitaciones se hace oscuridad.

En alguna parte, allí dentro, Chuchezuma.

Entré.

Ni una alfombra, ni un mueble. Mis pasos en las escaleras



van resonando hasta el último techo. Golpean allá. Vuelven en eco, rebotan abajo.

Ahora, todas las piezas para mí. ¡Puedo entrar, golpear las puertas, dar de taconazos, gritar! Chuchezuma está en algún rincón.

Puedo arriesgarme hasta tras un cristal de una ventana cualquiera, atisbar hacia la calle, causarle miedo, hasta pavor a algún transeúnte. Y si ese transeúnte ha leído —como es lo más probable—, y tiembla aún con Dostoiewski, recordará al príncipe idiota creyendo apercibir desde la calle, en una ventana de una gran casa, un instante, la cabeza de Rogojin. Temblará con mi cabeza. Retrocederé veloz hacia el muro opuesto. ¡Quieto, quieto! Y su temblor temblará en mí... ¡Chuchezuma está en un rincón cualquiera!

Otra habitación. Puedo entrar. Ahora hagámoslo en silencio. Que no se oiga ni un rumor, ni mis propios pasos. De modo que se destaque mejor el rectángulo glauco de la ventana. Y como yo he leído y temblado con Dostoiewski, digamos, mentalmente para que ni el aire se remueva como Raskolnikov en el cuarto de la vieja usurera, al ver por la ventana “la enorme luna redonda, de un rojo cobrizo”:

“Es la luna quien crea el silencio; está ocupada en descifrar enigmas.”

Aquí no hay luna, pero está el sueño de Raskolnikov. Y está el silencio creado, no por ella, sino por todo, por los maderos del piso, por los techos bajos, por las puertas entreabiertas, por la respiración de Chuchezuma, que no se oye, pero que está por aquí en la casa vacía, por algún rincón.

Sé que basta avanzar decididamente —eso es, decididamente— para hallarme frente a ella. Por lo mismo, no hagamos nada con decisión. Sigamos flotando así, en la oscuridad, echando ruidos a correr, un golpe, un silbido, a correr al mismo tiempo por todos los recovecos de la casa, arriba, abajo, por todos al mismo tiempo como Chuchezuma hace un momento por todas las calles de París.

Pasarán los ruidos a través de ella, cada ruido la atravesará. Doy un golpe con las manos, con los pies, silbo, canto.

He cogido mi reloj de oro, grande y viejo, lo he lanzado al aire, ha caído, se ha despedazado: cada ruedita, cada resorte, cada tornillo, cada pedazo del cristal quebrado, cada numerito del cuadrante, ha sonado con su modo peculiar, ha ido por cada encrucijada de la casa, ha atravesado, ha perforado a Chuchezuma, conmigo en cada sonido.

Esperemos, esperemos, puesto que basta avanzar con decisión para encontrarla. Retardemos el momento. Pensemos en su tez blanca y en su sangre joven.

Nosotros no conducimos nuestros pensamientos. Toda mi voluntad está actuando sobre poder manipular esa tez y esa sangre. Pero la sangre se aísla, deja a Chuchezuma para presentarse sola y hacerse pensar.

La siento como un chorro, alto, inmóvil, aquí al frente. Yo me siento como en el umbral de un templo.

Entrar a él. Con unción, entrar, empaparse.

Estoy al frente, en el umbral apenas. Quedo fuera. Sólo me llena lo que susurra a su alrededor, como los pájaros alrededor de las torres de una catedral. Lo que agoniza, lo que muere, lo que vierte sangre, lo que devora y chupa.

Bertino en este momento descuartiza, seguramente. Por los campos han de galopar los lobos y volar los vampiros. ¡Cuántos hombres indefensos caerán! Pues son muy pocos los que, encontrándose en su ruta, se libran de ser acometidos. Sin embargo los hay. Son los que han hecho uso de un antídoto contra tales bestias. Entre éstos, los más recomendados son:

Contra el lobo-garú: Si su progenitor es de sexo masculino, digamos un brujo, se le echará disimuladamente en su alimento algunas semillas finamente molidas de yerba mora, las que previamente ha-

brán sido bañadas en una infusión de ramas de mirto. Este alimento provocará en las manos del sujeto una serie de pequeñas úlceras que sangrarán abundantemente. El sujeto se secará la sangre con su pañuelo. Róbese éste y échelo a remojar en agua pura. Esta agua se teñirá con la sangre. Mézclese entonces con vino y bébase el total. Ningún lobo-garú nacido de brujo macho atacará al que haya bebido de este vino.

Si su progenitor es de sexo femenino, digamos una bruja, no habrá necesidad de recurrir a la yerba mora, pues bastará apoderarse de uno de sus paños habituales y proceder con él tal como con el pañuelo del anterior. Bebido este vino, ningún lobo-garú nacido de bruja se atreverá a atacar.

Contra el vampiro negro: Igual medio para ambos sexos. Búscuese el ataúd y destápeselo. Se hallará éste lleno de sangre líquida y al parecer fresca. En ella, flotando, el cadáver —si podemos llamarlo así— del brujo o bruja. Llénese con esta sangre un pequeño frasco, sangre que luego se dejará coagular. Muélanse estos coágulos. Con el polvo obtenido háganse galletas en la forma corriente. Comidas éstas, ningún vampiro negro osará tentar un ataque.

Es todo, o al menos lo más recomendable.

No lograré salir de este círculo de pensamientos. Sin poder pensar, es preferible actuar. Vamos con decisión. Aquí en el piso superior ha de haber una sala vasta, larga como todo el frente del edificio.

Subo. Entro.

Allá al fondo, Chuchezuma está de pie de espaldas contra el muro. Apoya sobre él sus dos manecitas por las palmas. Sonríe. Me dice:

—Te esperaba.

Y se calla.

Corro hacia ella.

Caigo de rodillas.

Le abrazo sus piernas y la beso, la beso apasionadamente. La beso hasta que, por las ventanas, aparece el alba.

Chuchezuma se marcha. Yo quedo aún algunos minutos para fumar con calma un cigarrillo. Entra un rayo de sol. A mi vez me marchó.

Rue Belloni.

Reconozco en seguida la tela que Vargas Rosa quería mostrarme. Es exacta. Le digo:

—Es lo que más me gusta de lo que has pintado.

Me dice:

—Pensaba que te iba a gustar. Te la regalo.

Y aquí tengo la tela, viva y silenciosa.

A Chuchezuma no la he vuelto a ver.

PIBESA

No fue por mi voluntad ni por la suya que nos dirigimos a visitar la cordillera. Fue por un simple azar. Íbamos juntos por unas calles atardecidas, respirando hastío y sin hablarnos. Di con el pie contra un papel arrugado color de rosa. Seguí largo rato golpeándolo, echándolo hacia adelante, obligándolo a preceder nuestra marcha. A veces era ella quien lo hacía. Ella se llama Pibesa porque es muy joven. Tiene un talle espigado y no habla cuando yo no hablo. Pero sé que está siempre conmigo. Prueba de ello: cuando un puntapié mío lanzaba el papel de rosa de modo a dejarlo en su línea de marcha, ella lo golpeaba y lo enviaba a mi línea. Al hacerlo, temblaba la seda gris perla de su traje y bajo ella aspirábase la seda beige de sus piernas. Al fin me desentendí de sus sedas. El papel, de tanto acompañarnos, nos obligó a tomarlo en consideración. Lo recogí y lo leímos. Era un permiso para visitar la cordillera. Abajo se leía:

Válido para el día de hoy.

¡En fin algo nuevo, algo con qué llenar un hueco de la

vida! Algo más: algo que no fuese este eterno paseo por estas calles que nos apagan los ojos hasta la oscuridad.

—¿Vamos, Pibesa?

Pibesa bajó los párpados y tembló. Siempre tiembla Pibesa cuando le propongo ir a alguna parte. Ir. En el verbo ir, Pibesa ha concentrado todas sus voluptuosidades. No importa adonde sea. Es el hecho de ir y ello le basta.

—Vamos —susurró.

Entonces la miré con despacio, con mucho despacio, de alto a bajo. Y ella no tembló entera, no. Tembló poco a poco, tembló trozo por trozo de su cuerpo, fue temblando así, mientras todo el resto de su ser quedaba inmóvil, así en cada parte, en cada fragmento, justo al final de los rayos de mi vista.

Fuimos a la cordillera. Marchábamos por entre galerías de nieve vagamente verdosa a causa del atardecer constante. Llegamos luego a una inmensa explanada. Nos detuvimos. Tras de nosotros se detuvo la noche. Allí quedamos en el atardecer de nieve verde. Diez pasos más atrás aguardaba en silencio la noche azul de mar, de pie y tranquila junto a los picachos que se dormían. Frente a nosotros, abajo, se extendían infinitas sábanas de cordilleras en la tarde, infinitas hasta la desesperación y creo que hasta el suicidio si fuerza fuese caminarlas enteras, una a una. Más al fondo, al final, alargábase, sobrepasando esas sábanas muertas, otra cordillera única, ondulada, quebradiza, parpadeando en rojo y anaranjado sobre nubes estañadas.

—Me parece —le dije— que hay algo de artificial en todo esto, Pibesa. ¿No lo crees? La noche allí no avanza. (Cierto que nosotros tampoco.) La tarde sigue. (Cierto que nosotros también.) El sol no se ve para aquel final de cordillera. (Cierto que nosotros aquí estamos y no nos vamos.) ¿Pero hasta qué punto esto puede ser una explicación? ¡Presiento algo de artificial en todo esto, Pibesa mía!

Ella me dijo:

—Vamos.

No sé si lo dijo por prudencia o por conjugarme el verbo ir. Dio media vuelta y empezó a andar. Entonces fui golpeado por una excitación desenfrenada. Corrí hacia ella. Con el brazo izquierdo la cogí por atrás rodeándole la cintura; con la mano derecha le levanté sus faldas de seda gris perla. Y como ella se hallaba frente a la noche, es decir de espaldas a la cordillera de fuego, este fuego vino a reflejarse sobre sus carnes que se doraron y ensangrentaron. Quise poseer su oro y su sangre de la cordillera. Pero Pibesa se esquivó, hizo resonar una risa de cascabel —ella que nunca ríe— y se escapó como una hembra de animalillo joven.

Yo siempre he corrido más que Pibesa. La alcanzo en cualquier sitio, en cualquier circunstancia. Y entonces la beso. Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma, en cómo desenredar y extender su vida. Mas cuando corremos, ella no halla qué hacer con tanta vida joven y yo la alcanzo, la cojo, la aprieto y la beso.

Pibesa corría después de mi intento de poseerla por su sol. Corría y reía con cascabeles, y yo, con los ojos llenos de rojo y amarillo, empecé a percatarme que era difícil, que era duro deslizar veloces los pies sobre la nieve verde. Pues casi no avanzaba. Movía las piernas con toda la velocidad posible. Mas, a pesar de ello, la tierra no resbalaba en compensación a mis esfuerzos. Y Pibesa se alejaba dando rebotes con su risa en los picachos mudos.

No sé si todos podrán darse cuenta cuán doloroso es no echar de cada zancada bastante suelo hacia los abismos de atrás. No lo sé. Sufría yo desesperadamente. Hacia atrás, por

lo poco que el mundo me retrocedía; hacia adelante, por la inmensidad creciente que Pibesa desparramaba entre nosotros. Y lo que más me mortificaba, con una mortificación que me obligaba a negar al Dios Todopoderoso, era que, en este retardo pesado de mis pies, la nieve nada tenía que hacer, nada, nada. Era un retardo amplificándose, un retardo sin causa y sin nieve.

¡Pobre Pibesa mía! En medio de la juventud de su risa debió haber percibido el punto oscuro de mi dolor al no poder lanzarme con mayor velocidad que la suya, de modo a alcanzarla, estrellarla y perforarla quemando mi sexo en las llamas de sus carnes, llamas robadas a la última de todas las cordilleras.

Pues Pibesa se detuvo.

Acto continuo devoré en un mínimo de instante la distancia que nos separaba. Comprendí entonces que era la velocidad de Pibesa la que detenía a la mía y no un sin sentido de mis esfuerzos ni menos uno del universo. Quedé pues en paz con cuanto existe en la creación, me doblegué en silencio y con fervor ante el Dios Todopoderoso, y a Pibesa le dije: "Pibesa, te amo."

Entonces Pibesa empezó lentamente a descender la escalera de caracol.

Nuevamente el miedo me asaltó. Podría repetirse, al ir bajando, ese error de velocidades. Mas Pibesa todo lo había previsto. Pibesa, bifurcándose, se desdobló en dos. Dos muchachas con juventud de agua, ceñidas en seda de perlas. Una de ellas giró en el caracol, no muy veloz, no, pero sí con tal regularidad, con tal consonancia, con tal absoluto, que jamás, jamás habría podido yo ponerme junto a ella. La otra fue lentitud. En cada peldaño detenía la vida un segundo, alargaba un piecito de raso y luego lo rozaba en el peldaño siguiente. Así bajaba. Y al bajar tarareaba una canción ligeramente sentimental.

Hice un segundo intento con esta segunda Pibesa retardada. Volví a cogerla por atrás, a alzarle sus faldas gris perla y a ver sus carnes que, sombreadas ahora por los primeros tramos de la escalera de caracol, eran también de perlas azuladas. Entonces la poseí. Al sentirlo, volteó hacia atrás la cabeza y nos besamos, mientras la otra, lenta, muy lenta, bajaba siempre, tarareando ella ahora la canción que ésta había dejado en suspenso a causa del primer dolor y del goce que empezaba a inundarla. La poseí con los ojos cerrados, pero pronto fui abriéndolos para tenerla con la vista también a mi Pibesa mía. Mas junto con verla me apercibí con estupor que cambiaba, se transformaba y que yo iba teniendo con todos mis miembros a una mujer ignorada. Pero ya era demasiado tarde, ya no había fuerzas que me retuvieran y, aunque ignorada, tuve que vaciarme en esa incógnita de mi vida que Pibesa, en su alejamiento de seda, había sembrado en medio de mi persecución impotente.

Por un instante se borraron las cordilleras y los cielos y vino el silencio total. Luego un lamento mío despertó uno suyo y, al vibrar de ambos, volvieron a depositarse las cordilleras, a suspenderse el cielo y a trepar por el caracol el canto de Pibesa.

—Bajemos —me dijo la otra.

Cien pasos más abajo. Pibesa nos aguardaba y, al vernos, sonrió. No había en su sonrisa ni ironía, ni compasión, ni resentimiento, nada. Era una sonrisa sola, aislada en el mundo. Entonces seguimos los tres girando y sin hablar.

De pronto subieron hasta nuestros oídos los ecos acompasados de unos pasos robustos que con seguridad se encaramaban. Tuve un miedo instantáneo y horrible. Vi en el sonido de esos pasos que era el hombre aquel quien trepaba.



—¿Y qué? —me pregunté instintivamente como un gesto de protección ante un golpe.

Cruzó por mi recuerdo el papel de rosa, el permiso para visitar. Pero este recuerdo fue sumergido por una sensación de malestar vago. Claro está que tenía el permiso para visitar, allí lo tenía. Sin embargo, no lograba serenarme. Había algo que pesaría más en mi contra para el hombre que cualquier permiso por válido que fuese. Había algo que no estaba bien, había habido algo que no había estado bien. Esto, yo lo sentía. Él iba seguramente a saberlo si es que ya no lo sabía y por eso subía. Algo malo. Y lo que más me atemorizaba y hacía de aquel momento un momento de angustia, era la vaguedad de ese mal. Debería haber pensado que todo procedía de la posesión de hace un instante, tanto más cuanto que había sido con una mujer que no era mía. Pero no. Esa posesión no estaba ni para bien ni para mal. ¿Qué podría ella importarle a ese hombre? A mí no me importaba nada. A aquella mujer tampoco puesto que la había dejado después a lo largo de la escalera. Entonces a él, ¿qué?

Era el total lo que no estaba bien, lo que estaba algo descentrado o que echaba un hálito —aunque muy tenue, es cierto— de próxima descomposición, en todo caso de pronta decrepitud. Sobre todo el hecho de la existencia de esa cordillera que dejábamos arriba, atrás. Todo ello no estaba en el punto justo en que todo puede perdonarse y a todo permitírsele seguir rodando. Mas, ¿qué culpa tenía yo en tales cosas? Una lógica rigurosa me respondería: ninguna. Pero una lógica menos rigurosa no podría pasar por alto el hecho de la simultaneidad de existencia —aunque sólo fuese en este momento actual en que yo vivo— entre la cordillera, el cielo, la escalera, Pibesa, la otra y yo. Nadie querría entonces ponerse a distribuir faltas y responsabilidades y absolverme al final. Me dirían simplemente:

—Si usted para nada está en todo esto, ¿cómo es que está justamente en todo esto?

Y la verdad era que los pasos del hombre subiendo se acercaban.

Vi la punta de la copa de su gran sombrero mexicano girar a mis pies y desaparecer aproximándose. Tuve apenas tiempo para coger a Pibesa de un brazo y echarla hacia atrás. Quedamos entre dos pilares. Si al hombre no se le ocurriese mirar a su derecha, estaríamos libres. Si no, nos vería y, al vernos, su sorpresa estaría a la altura de su furor. La otra quedó frente a nosotros, en medio de la escalera, inmóvil.

Y apareció el hombre. Con el mismo gesto que yo un momento antes había cogido a Pibesa, éste cogió del brazo a la otra y bruscamente la encajó por una estrecha galería que arrancaba de la escalera atravesando su eje y poniéndose en las sombras. Ambos desaparecieron.

Entonces a media voz le dije a Pibesa:

—¡Huyamos!

Y empezamos a desmoronarnos caracol abajo. El eco de nuestros pasos precipitados debió oírse hasta en el más lejano rincón, pues, acto continuo, llegó a nosotros una voz potente:

—¡Ah, ah! ¿Eran ustedes? ¡Aguarden!

Y sentimos cómo ese hombre, a su vez, se dejaba desmoronar.

Ya he dicho que yo siempre he corrido más que Pibesa. Ahora, por cada vuelta completa que ella daba al caracol, yo daba por lo menos dos, de modo que al llegar ella al pie de la escalera, yo había ya salvado todo el largo corredor y doblaba por el zaguán precipitándome sobre la puerta para abrirla. Solté primero una cadena, quité luego dos cerrojos e

iba ya a coger la llave, cuando en el corredor mismo sonó una detonación. Procedí entonces con mayor presteza. Aún no se había perdido totalmente el retumbo del balazo, que ya abría la puerta de par en par y volvía a ver la calma color café de las calles de mi ciudad. Llamé entonces a Pibesa:

—¡Pibesa! ¡Pibesa! ¡Valor! ¡Estamos salvos!

Aguardé temblando. Nada. Nadie. Silencio.

De pronto apareció Pibesa en la esquina del zaguán.

Marchaba con majestuosa lentitud y en su rostro se había fijado una meditación indiferente. Su mano derecha se balanceaba como un péndulo al compás de su marcha tranquila. Su mano izquierda la apoyaba en la cintura.

Al llegar junto a mí, me alargó esta mano. Destilaba de ella la sangre. Luego vi que desde la cintura, desde el punto exacto en que antes la apoyaba, empezaba todo su talle a teñirse de rojo, rápidamente hacia arriba como un vaso que se llena; hacia abajo como un vaso que se desparrama. Así el rojo de su sangre iba tragando el gris perla de sus sedas.

Espere un momento. Nada. Pensé que la sangre se habría estancado y que su misión era sólo empapar el traje de Pibesa, pues su cuello no se teñía, el beige de sus medias seguía immaculado y el negro de sus zapatos quedaba negro como dos carbones empuados. Mas súbitamente sus dos tacones, nada más que sus dos tacones, se inyectaron, se hicieron escarlatas y al caer el color hasta el suelo, la tierra misma alrededor de ambas bases, en pequeñito espacio, enrojeció ligeramente. Entonces comprendí que el mal corría por dentro.

Lleno de indignación empecé a gritar cuanto podía para amotinar al pueblo en contra del miserable que había hecho fuego en contra de Pibesa, hiriéndola y ensangrentándola. Estábamos ahora en medio de la calle. De todas las puertas vecinas acudían hombres, mujeres y niños. Hasta un anciano vi en la multitud. Gritaba yo:

—¡El hombre de allí ha querido asesinarla! ¡El hombre de allí, de allí!

Y mostraba la puerta que quedaba abierta.

Pude percatarme que la indignación iba apoderándose de toda aquella gente. Producían un rumor sordo que crecía, y casi sin mover los pies, arrastrándose, iban sitiando el hueco oscuro de la puerta. Pero cuando ya no estaban más que a dos o tres metros de él, plantóse sobre el umbral, con gran asombro de mi parte, el hombre aquel, brotado contra el vacío negro.

¡Yo que le creía huyendo caracol arriba para escapar al inevitable castigo por su acto ignominioso...! No. Estaba allí, de pie sobre el umbral. Llevaba ahora un pequeño sombrero hongo, pero conservaba siempre sus altas botas de montar. No miró a nadie. Desde un principio, lentamente, me miró a mí.

“Le van a descuartizar” —pensé.

Grité:

—¡Helo ahí al miserable!

Todos le miraban con ojos enfurecidos, las manos crispadas, listos a saltarle a la garganta.

¡Él es! —volví a gritar.

El me miraba siempre. Mas los otros no avanzaban. Esperaban acaso un gesto suyo que les provocase más directamente. La herida de Pibesa no era directa para ellos; lo era tan sólo para mí. La herida de Pibesa les era una herida abstracta, una noción de herida que encolerizaba, por cierto, pero que permanecía flotando en torno sin clavárseles en los músculos. Así pensaba yo. El otro seguía inmóvil y me miraba. Yo gritaba siempre, azuzaba, el índice alargado recto hacia él. La

gente vacilaba y, poco a poco, la crispación de las manos se les fue soltando. Entonces, ante la persistencia de su mirada, lentamente volvieron sus rostros hacia mí y todos esos ojos me interrogaron. Hice un esfuerzo y grité:

—¡Asesino!

Con igual lentitud todas las cabezas giraron siguiendo la trayectoria de mi grito, y las miradas, otra vez se posaron sobre él. Pero vi que la furia no persistía en ellas. Era reemplazada por una interrogación atónita. Y como el otro no se movió, no parpadeó, no respiró, por segunda vez los mil ojos lo desertaron y vinieron a unirse a los suyos para caer y atajar en mis labios mismos un segundo insulto hacia el miserable.

En aquella gente debe haber empezado a abrirse paso la siniestra idea —para mí— de que si toda la culpa estuviese radicada únicamente en aquel hombre, aquel hombre algo más haría que quedar allí inmóvil, mudo, mirándose con un reproche creciente. Entonces quise, agitando desesperadamente los brazos, formular una tercera imprecación, ya que la segunda había rodado hasta mis pies sin ser oída por nadie, salvo por todo lo largo de mi cuerpo. Pero sentí que había perdido terreno, que en alguna parte, una parte remota, ignota, ese hombre tenía por lo menos cierta razón y que el populacho de instinto la reconocía.

Una vaga culpabilidad me hizo palidecer. Ninguna imprecación se oyó. Sólo mis ojos lanzaron una mirada de tal angustia que todos, una vez más, se volvieron hacia el hombre, curiosos de ver su efecto sobre él.

Le miraron todos, yo también y esperamos. Entonces él hizo su primer movimiento: con calma fría echó mano atrás, cogió su revólver y con más calma aún fue dirigiendo, de abajo hacia arriba, el cañón sobre mí. Todos siguieron el arma y me miraron para verme caer. Sentí en ese instante que la sangre se me filtraba por la piel. Era una sangre verde como la parte muerta de la cordillera que acabábamos de visitar, como las carnes de la otra al ser ensombrecidas por la escalera de caracol. Y la última esperanza, que la sentía anidada en el extremo de la cabeza, vi que se me escapaba, me abandonaba, volando como un pájaro asustado.

Pero justo entonces, avanzando con seguridad, ambos pulgares en el cinturón, un guardia se presentó. Se detuvo al centro. Primeramente consideró al hombre con su arma siempre dirigida en mi contra y, alargándole su diestra con la palma abierta, le expresó: “¡alto ahí!”. Luego nos consideró a Pibesa y a mí, y con la otra mano, como quien barre basura, nos indicó que nos alejásemos cuanto antes. El hombre obedeció, bajó su revólver, lo guardó, dio un profundo suspiro, giró sobre sus talones y se alejó puerta adentro. Nosotros hicimos otro tanto. Pibesa y yo resbalamos por las calles, presurosos. El gentío empezó a fundirse. Y el guardia se marchó.

—Pibesa —le dije entonces—, toda la razón estaba de parte nuestra. Por eso mismo huyamos, que nunca más ninguna de esas gentes nos vuelvan a ver, que pueden de un balazo, de un mirar de sus ojos inquietos, deshacer todas las razones por justas que ellas sean.

Al cabo de una hora pasábamos al frente de mi casa. Dejé a Pibesa, entré y corrí al subsuelo. El subsuelo de mi casa tiene una ventanita al ras de la acera. Me precipité a ella para ver pasar los pasos de Pibesa.

Pasaron.

Vi sus medias beige, sus pies de raso y sus dos taconcitos agudos, bañados en sangre escarlata.